

raúl prieto

el gallo rey



EN la playa impera la moral machista. Se permite al varón mostrar el torso desnudo; en cambio, la fémina queda obligada a cubrir sus senos.

La moral tendría que atenerse no sólo a lo ético, sino tomar muy en cuenta lo estético. Hay que reconocer, así, que las inmorales son las tetillas —mamas atrofiadas— del hombre: a esas debería taparse y, en cambio, como lo hacen o lo hacían las mujeres de Bali y de Cosolaqueaque, Veracruz, mostrar abiertamente los senos femeninos. Que en la playa gobiernen el topless, el unikini, tratándose de la mujer.

En el lenguaje común, por cierto, para señalar a tales turgencias se prefiere la voz *pechos*, tan ambigua, rechazándose a *tetas* y, con mayor sin razón, a *mamas*. (Está de más decir que el aztequismo *chichis* tiene en nuestro México lindo y querido, brutalmente antindigenista, la característica de término tabú.) Las

mamas simbolizan a la hembra; las *mamas*, obviamente, son de las *mamas*...

Abajo la complicación aumenta: la diferencia —¡y viva la diferencia!— es radical entre el sexo masculino y el femenino. Entonces hay quienes se acogen de nuevo a lo indefinido y, para cada asunto, emplean el vocablo comodín *cosa*: "La cosa de él, la cosa de ella".

Viene a ser aquello tan ridículo como el papelito hecho por cierto recién casado a quien estimuló la candidez de su novia para decidirse a tomarla de esposa. Ya en cueros, al comenzar la noche de bodas, mostrándole su cosa le preguntó: "A ver, nena, ¿qué es esto?"

Ella replicó: "Un juguetito."

Río el marido y corrigió afablemente: "No, mira; ésto se llama verga."

Displicentemente, sonriendo, la nena arguyó: "Qué va, es es... un juguetito; verga, ¡la de mi primer novio!"

Verga no es un eufemismo, por supuesto, pero tampoco se trata de un término directo, sino de un sobrenombre. En principio se usó en castellano de acuerdo con el significado de su antecesor latino *virga*: vara (también *virga da verja*). La verga del buque de vela es un palo puesto horizontalmente en un mástil. Y así como la dama acelerada pero casta rechaza *nalgas*, aunque con la mayor tranquilidad admite, en cambio, la voz *nalgadas*; el lenguaje de la buena sociedad que ruboroso elude *verga* no tiene inconveniente en darle entrada a *vergajo*, con todo y que éste sea ni más ni menos que el miembro viril del toro, su verga, "que, seca y retorcida" —explica el hogareño *Larousse*—, "se usa algunas veces como látigo" ..

A propósito de toro: el macho entero, no castrado, de diversas especies animales, recibe en inglés el nombre *bull*. Pues bien, con esta palabra, más a menudo aplicada al toro, se relacionan los términos *ball*: miembro viril, en antiguo irlandés; *beallucas*: testículos, en anglosajón; *follis*: bolsa de cuero, escroto, en latín; y *phallos*: pene, en griego.

Los cultismos pene y falo se distinguen porque aquel, igual que verga, es un sobrenombre: el latín *penis* primitivamente se aplicó al rabo o cola de un animal, y luego, por extensión, debido a la figura del miembro viril, se le dio a éste. (El diminutivo de *penis* es *penicillus*, antecesor del catalán *pinzel*, del cual deriva pincel —que, retornando a su origen, se equipara a pene en el habla vulgar—.) Falo, por lo contrario, sí se refiere de modo directo al miembro viril. En los misterios dionisiacos se exhibía como emblema una imagen del órgano masculino de la generación: el *phallos*.



Raúl Prieto

Mas hay algo fundamental que asemeja a falo, pene y demás sinónimos en general de verga: su carácter triunfalista, pues cada uno de tales vocablos nombra acentuadamente al miembro erecto. No cabe imaginar, por ejemplo, una vara (*virga*, verga) flácida... Hasta priapo, de Priapos, dios de la fecundación, sólo se entiende como la pija enhiesta.

Pija deriva de picha y ésta de pis (pipí, onomatopeya de la medida), posible antecesor de pito y de pizarrín. En estos últimos vocablos, la ambivalencia vuelve a la idea de la erección.

Así ocurre en infinidad de otros sobrenombres, más o menos soeces, que en diversas partes del mundo hispanohablante se dan a pito, pizarrín, chile, nabo, perno, rábano... siempre con la misma idea victoriosa. Tal parece como si lo excepcional fuese en dicho miembro la languidez, como si su pujanza la mostrara el día entero. Pero para el macho, el símbolo de su calidad no puede ser otro más que lá verga bien alzada. Ahí florece la supremacía masculina; a fin de cuentas, en una concepción inestable. La virilidad no puede representarse siempre en el ariete listo a perforar —la mujer, consecuentemente, resulta un ser pasivo, violable, en espera de ser penetrado y, en última instancia, fecundado—. Si de veras tal aparato estuviese en esa disposición constantemente, ¡qué de mortificaciones para el hombre, en todos lados; más en los balnearios y, sobre todo, en los campos nudistas!

Del *Diccionario Secreto* de Camilo José Cela (casi por entero dedicado a palabras relativas a los atributos genitales masculinos) escojo unas cuantas voces afines que ilustran lo señalado anteriormente: acero, acicate, agujón, árbol, braguetal, arcabuz, arma, as de bastos, avión, bastón de mando, batuta, berenjena, brazo de santo, cabezón, camote, cañón, chalote, chuzo, cirio, clavija, cohete, columna, corneta, cuchillo, embudo, escoplo, espada, estaca, estoque, flecha, fuste, fusil, garrote, herramienta, instrumento, jabalina, lanza, leño, longaniza, macana, machete, martillo, mosquete, pájaro, pepino, periscopio, plátano, poste, rifle, salchichón, taladro, tirabuzón, tizona, torre, trabuco, tranca, violín, zanahoria...

La erección del miembro antecede al orgasmo del varón. Pues bien, sólo hasta recientes tiempos el varón empieza a percibir la superioridad que, al respecto, tiene la mujer en relación con él. Más fácilmente y, por tanto, mucho más a menudo, el sexo femenino —que así resulta el sexo potente— está en disposición de hacer el amor. Y para ello no ha requerido exaltar en términos rimbombantes, con sobrenombres engañosos, a las gracias que lo adornan... **J**